

19609-2 17/114 4/3

UNIVERSIDAD DE CUENCA

Presencia de la Poesía Cuencana

2

Remigio Romero y Cordero

Selección y Nota de Rigoberto Cordero y León

"ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA"

—:O:—

1952

ms. 511 (ms.)

17.110

UNIVERSIDAD DE CUENCA

Presencia de la Poesía Cuencana

2

Remigio Romero y Cordero

Selección y Nota de Rigoberto Cordero y León

"ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA"

— 10: —



1952

REMIGIO ROMERO Y CORDERO

Hay que decirlo de una vez y con la más sincera claridad, para orgullo bien sentido no solamente de esta Cuenca nuestra de eminentes sueños y ensueños, sino para el de la Patria toda: Remigio Romero y Cordero es, en estos días que vivimos, el más grande Poeta de América!..

Poeta total, siente y expresa las más cristalinas y transparentes cosas, o también las más profundas, en un idioma directamente emanado del alma, en algo que de pura belleza verbal es casi viaje hacia la Música... La elegancia en el manejo de la palabra, la honda complacencia en el bien decir, la maravilla de la expresión apropiada perfectamente a lo que antes parecía inefable, hacen de Remigio Romero y Cordero el gay decidor más alto, más perfecto y más noble de cuantos van cantando por los horizontes del Continente con derecho propio de haber conquistado su cielo y causando bellísima envidia a quienes desde los otros puntos del orbe los contemplan...

Su concepción amplia, igual del mundo circundante que del mundo del alma, claramente está diciendo que Remigio Romero y Cordero es no solamente el más pulcro y bello traductor de todos los estados vitales y ultravitales, sino el descubridor de todas las palpitations de la naturaleza: desde el sonido apenas audible para los más delicados oídos del beso del rocío al pétalo tierno hasta el grito que eleva el hombre dolido de dolor sin medida cuando su estado espiritual se emparenta con la tiniebla... Cantor de la belleza de amar el amor en sus más puras fuentes de exquisita naturaleza y cantor también del dolor de sufrir esos cataclismos interiores que conmueven la entraña del mundo...

Remigio Romero y Cordero sintió y vivió la delicia del agua esencialmente pura y límpida, tal que la de su Ñamurelti donde hallara la gracia eterna de Crisantema, vivió y sintió el sol de altura que se da íntegro a los Maestros de la belleza... Pero no quiso quedarse en sitio tan hermoso como atractivo, y prefirió el camino, su propio camino, con todas sus sorpresas y nostalgias: por eso es un hombre, un hombre que grita un grito como no se ha oído todavía en los mundos poéticos anteriores de estos lados de América... Completo, en la plenitud de los conocimientos, el Poeta consigue elevar un templo de infinita ternura en el perfume de una de esas flores que Francisco no quisiera herir con su pie cristianísimo, pero también proyecta su voz en los horizontes y crea nuevas y magníficas constelaciones...

Terrígeno y universal, nuestro y de todos los me-

ridianos, Remigio Romero y Cordero identifica lo que yo desearía llamar el perfecto humanista del sentimiento... Alcanzó la estrella titilante, esa que sonríe y dicta melodía en cada noche mansa, pero viajó, igualmente emocionado de la más honda belleza, por la obscuridad del alma, cuando es la vida ahogada estrella en los lagos de la angustia... Este el sentido actual y de siempre de la creación poética suya que ya no es de simple poesía, sino de interpretación del alma del hombre y del alma sencilla de las cosas... Ha tratado en su camino la pequeña verdad mas también ha encontrado al Jesús vestidor de los lirios y las avecillas, que es verdad eterna... Su Cristo es un Cristo Poeta, con una hermosa herida de luz en el costado y con el pie de diafanísima diafanidad mandando dormirse el insomnio tristísimo del mar...

Remigio Romero y Cordero se levanta solo, único, original, absoluto, con esa solá soledad genial que hace respetable el vuelo del ave que reta cara a cara al sol... Múltiple, multiforme, domina nuestro panorama creador como Dueño y Señor de la maravilla del verso...

RIGOBERTO CORDERO Y LEON.

EGLOGA TRISTE

El preludio intenso

I

Amor de aquella edad buena y florida,
cuando, en la paz del campo, era mi vida
la misma soledad hecha silencio;
mezcla de sol, de trigo, de mañana,
de flor de yerbabuena,
en la vejez de la ciudad lejana
me estoy muriendo de cariño y pena...

II

Un mal extraño mi pupila inunda,
porque todo el recuerdo ha florecido;
y, al paso de la tarde moribunda,
me siento más sin culpa en el olvido.
Hasta que viene la bendita noche—
mensajera que envían las estrellas
para nunciar su reino a flor de calma—
hasta que viene la bendita noche
a caerse de bruces en el alma...

III

Hoy es la pascua de la luna llena;
 hoy es el paraceves
 de las grandes blancuras
 hermanas de las nieves...
 Y, cuando el auge de lo blanco es tanto
 que también emblanquece la añoranza,
 me acuerdo de ese amor divino y santo
 que se quedó, de miedo, en lontananza...
 Me acuerdo de la ruda,
 de la bravia moza de los Andes,
 y parece que adoro todavía
 sus manos blancas y sus ojos grandes...

IV

Crisantema...? Esta vez ha florecido
 la paz en el secreto de mis cosas;
 esta vez todo es ampo;
 y ambos somos paisanos de las rosas,
 porque todos nacimos en el campo...
 Es preciso cantar con voz agraria—
 a que bentida, como he sido, seas—
 los rústicos amores
 y el plenilunio azul de las aldeas...
 Yo soy el trovador de los oteros,
 el de las gavias blancas;
 el que ama la vejez de los senderos
 y la orfandad con sol de las barrancas...
 Yo soy quién, de la tarde a los reflejos,
 y en el ala de todo lo que viaja,
 manda su alma a lo lejos,
 o la esconde en la copa humilde y baja
 de los árboles viejos...
 Bien me conoces tú: soy el que sabe
 quiénes hacen carbón en las florestas,
 dónde acaban las sendas de este pueblo,
 y qué edad tienen las casucas éstas...

V

Pero oye, Crisantema,
 hermana, muy hermana,
 cómo hice este poema
 con música tan lirica y aldeana:
 estaba triste ahora
 pensando en el amor que nuestro fuera;
 mas, la tristeza se volvió sonora,
 y hecha estos versos ha salido afuera...
 Pero, a qué...? Crisantema,
 yo ignoro si es que vives todavía,
 o si te has muerto... Vives...? Ya no vives...?
 Hermana, hermana mía,
 quién me diera saber, de modo cierto,
 si vives todavía...

El paisaje infinito

I

Tendido al sol envejeció este llano...
 Sobre él los soles tibios y los rojos
 no pasaron en vano,
 como el sol del otoño en los rastrojos:
 de verdura inmortal le han recubierto;
 y así vive, tendido al sol fecundo,
 soñoliento una vez, otra despierto,
 en un rincón del mundo...

II

El río, en la orfandad de la cañada,
 temple y destemple su cordaje de olas,
 ensayando la lirica balada
 de los que hacen los éxodos a solas...
 En su orilla se duerme el bosque virgen,

el llano, la agría cuesta;
y, más allá, las cimas de los Andes,
con cielos infinitos en la cresta...
En su orilla se agrupa el caserío,
de tejas rubicundas;
en sus ondas se van hacia los mares,
hojas muertas y flores moribundas;
alguna vez, astillas arrancadas
por hacha leñadora al tronco rudo;
y, como exvoto audaz de las manadas
que pacen lentas en el bosque mudo,
vellones blancos, en viajar despacio
o asidos de las ramas inclinadas,
queriendo detenerse... Y otras veces
pedazos de carbón, alguna pluma,
de pájaros anónimos,
de esos que cantan en la selva suma...
Y, entre la romería cruel de exvotos,
grandes copos de espuma
que, desde el remolino, vienen rotos...

III

Las grandes cercas vivas,
tristes y pensativas...

IV

Los rebaños de ovejas y de bueyes,
conformes con ser greyes...

V

Las senaras al sol, como los viejos
que salen a insolarse y a ver lejos...

VI

Recogidos en sí los totorales,
tras las quinchas y tras de los bardales.

VII

Lleno de algo extrahumano,
el silencio infinito, en lo lejano...

VIII

La vida en suspensión: dormido el valle,
y ni una alma en la calle...

IX

Mas, cuando el sol de América, fecundo
tiembla en la plenitud del meridiano
toda su luz cayendo sobre el mundo
para la injusta insolación de un llano.

Crisantema

I

Algunas madrugadas,
cuando iba a calcular las otoñadas
que le pueden rendir los alcaceres,
o a mirar las heladas
de los amaneceres;
algunas madrugadas frías, frías,
de las que trae al campo el orto agreste,
cuando vienen los días
con mal humor desde lo azul celeste;
yo le encontraba a Crisantema arriba,
allá, en la talanquera,
donde el agua está viva,
donde acaba la vera;
y rondábamos juntos el barbecho,
o dábamos la vuelta del chaparro,
para sentarnos luego en el repecho;

hasta que, ya ganada nuestra playa,
Crisantema volvía a su vivienda,
y me quedaba yo, no sé qué laya,
mirándola alejarse en media senda...

II

Entonces, la armonía del gran cauce
turbaba la quietud de la colina;
y, mientras tanto, la aura mañanera,
se manchaba de harina,
porque —rozando apenas el tejado
que el vivir de la vieja aceña esconde—
levantaba el polvillo abandonado,
yendo a peregrinar en no sé dónde...

III

Crisantema, otras veces—
y más, cuando la luz caía a mares—
hacia salar reses
acá, en los salegares;
entonces yo subía
por la áspera cambera del atajo;
y arriba me quedaba medio día,
para mirar a Crisantema abajo...

IV

Crisantema sembró los abedules
que ensombran la besana,
los gomeros azules
al margen de la pálida fontana...
Y es la que, sobre el lomo rebruñido
del caballo cerril, turba el paisaje,
saltando y resaltando
las zanjas del drenaje...
Es la que nunca sueña
con mundos más allá de su natio;

la que mejor ordeña
las cabras y las vacas del bohío...
En fin, aquella que —en mañanas beodas
de luz y de armonías de la sierra—
sabe hacernos pensar en dulces bodas
a los mozos que somos de esta tierra...

V

Y es qué buena también, entre los fieles:
su nombre está en las dipticas del pueblo
porque borda casullas y manteles...
Ella sabe pagar diezmo y primicia
del jardín de quién ella es primavera,
y tiene una leticia
cuando en esto le ayuda la pradera...
Por ella hay hostias siempre en los hostiarios;
en las ornamenteras, blancas ropas;
y en los altares, pobres por agrarios,
trigo recién nacido en grandes copas...

VI

Es la moza mejor de estos lugares...
El cura de almas que estas almas cura
lo dice, al verla, entre arreboles rojos,
bajar del presbiterio, endomingada,
con la luz de los cirios en los ojos...

La noche de la ermita

I

Siquiera hoy el arroyo es alegría:
esa vez, era triste en las cangaguas,
talvez porque la gran melancolía
del plenilunio naufragó en sus aguas...

Siquiera ahora exordia,
llevándose manojos de reflejos:
esa ve, pudo ser misericordia,
y, sin embargo, se fué yendo lejos...

II

La ermita blanca... A veces me parece
que se va a despeñar la ermita blanca,
la que, por un milagro de equilibrio,
vive a flor de barranca;
mas, en el mismo sitio permanece
atalayando su porción de aleros,
a que no dude nunca, pero nunca,
la fe de los humildes carboneros...
La ermita blanca...? allí vive la Virgen;
y, como ella es la Virgen de Dolores,
la que sangre chorrea,
se han llamado Dolores y Marias
casi todas las mozas de la aldea...

III

En la ermita le dije a Crisantema
que era la reina de la gañanía;
que estaba medio triste mi cabaña,
y que, hace dos cosechas, la quería.
Entonces, a través de las vidrieras,
nuestras almas, como agua de colina,
bajaron a rodar por las praderas;
nos tembló el corazón como el azogue;
las pupilas pusieron dolientes;
y, allá, sonó el albugue
notas intermitentes;
mientras la quipa bronca
hizo temblar el alma del paisaje,
expresando la pena medio ronca
de todo lo rural y lo salvaje...

IV

La ermita blanca, con blancor de luna...
La Virgen de Dolores... Crisantema...
afuera, la gran puna...
adentro, mi cariño y mi poema...
Entonces, yo, cantor de versos de oro,
le dije a Crisantema mis quereres
delante de la Virgen;
le ponderé los hondos padeceres
que me brotan del alma dolorida,
y elegile, entre todas las mujeres,
para el éxodo antargo de la vida...

V

Mas, triste se me puso Crisantema,
como las rosas muertas en las ramas;
subió a dejar en el altar humilde
el dorado manajo de retamas.
Y, cuando descendió, muerta de miedo,
creyó que yo no puedo
ser amor de muchacha campesina;
pues, no tengo los brazos labradores,
para ponerle surco a la colina,
ni roza a los alcores...

VI

Pero, luego después, en el lenguaje
con que hablan los gañanes de mi tierra,
le dije tantas cosas de cariño,
tan olientes a flores de la sierra;
le hablé tan en idioma de campiña,
que ya no tuvo miedo, aquella niña,
de atender mis amores,
aunque no le labrase los cortijos,
ni pudiera mandar a los pastores...

Y, en esa noche de la ermita blanca,
ya principió este amor de los amores...

La selva primitiva

I

Era la selva milenaria y honda,
la selva primitiva,
desde la cual sólo se ven añiles,
arriba, muy arriba,
y el fecundo trabajo
de siglos que amontonan hojarascas,
abajo, muy abajo;
era en la magna selva primitiva.

II

Hablábamos de cosas naturales,
como buenos labriegos:
de a quién le toca el agua de la alema
en los futuros riegos;
del choto que había muerto en la maleza;
de la noche fatal del abigeato;
y, yo no sé por qué, de la tristeza
del gañán que desbroza mi regato...
Hasta que Crisantema
ruborizada, en inquietud suprema,
me contó que el gañán, el otro día
le invitó a los morales
que enmarcan la vereda,
y que, pálido, inquieto,
dijo que la quería
dos años en secreto,
y claramente ya desde ese día...

Yo temblé, sin decirle una palabra...
Crisantema se puso pensativa...
Y, al ver que hacia sol en los caminos,
salimos de la selva primitiva.

El querer del gañán

I

Siempre el gañán con ella;
yo detrás de los dos... Hasta que un día,
triste, como la vida miserable
que principia y acaba en elegía,
el buen gañán, mi novia comarcana,
y mi alma —que, cual nunca, soliloquia—
todos con rumbo a la vetusta iglesia
que tiene la parroquia...

II

A qué?... Pues, a las nupcias,
porque ambos son gañanes;
porque yo soy señor, y los señores
no se casan con novias de los pueblos,
ni saben de los rústicos amores...

La égloga triste

I

Entonces vino a ser la égloga triste...

II

Amanecía lasamente. Un oro
nuevo se derretía en la llanura,
y era gotas de lloro
el rocío cuajado en la espesura...

III

La campana del pueblo sonadora
hería los oídos a mansalva,
convidando a la misa de la aurora,
antes que acabe de morirse el alba...

IV

El frío de los páramos andinos
hacía tiritar, en los caminos,
las rosas callejeras;
se inició la ambulancia de los pájaros
canoros, solitarios,
el rodar de los tamos en las eras,
todos los grandes éxodos agrarios...
Pero allá, donde reina la neblina,
inmóviles estaban,
en suspensión que apena y amohina,
primero, la colina;
en medio, la floresta;
al fin, la vieja cumbre,
altivamente enhiesta;
y, tras la cumbre que en sopor demora,
sin cuidarse del suelo,
la cabeza del sol, como una llama,
y el incendio total del pobre cielo...

V

De repente, cayó sobre los campos
todo el sol... Despertóse la llanura;

y, por encima de ella, huyeron lejos
los relinchos de indómitos caballos,
los mugidos, los toques de campana,
el canto de los gallos...

VI

Las humaredas del hogar labriego
se asian, con afán, de las techumbres:
venía el viento luego,
y empezaba el ascenso hacia las cumbres...

VII

El río, pobre anciano,
de cara a la amplitud de lo vacío,
se iba perdiendo en la quietud del llano,
y quién sabe si triste de ser río...

VIII

Venían las manadas
a pacer los oteros;
corrían extraviadas
las cabras atrasadas,
tras los churros zagueros...

IX

Alzado el zagalejo
de bordada estameña,
con el divino dejo
de quien medita o sueña,
pasaban las zagalas
y luego los zagales,
puede ser que pensando
en anillos nupciales...

Y, al fin del cuadro, andando paso a paso,
inclinado a la tierra y al ocaso,
el leñador abuelo de esta selva,
que, hace noventa inviernos, no ha faltado
a su claro del bosque. Ahora nadie
le fuerza ir a la selva;
pero él es leñador y moriría
de nostalgia, la vez que allá no vuelva,
porque él mismo está hecho serranía.

El alma de la égloga

I

Entonces vino a ser la égloga triste...

II

Crisantema bajó para las nupcias,
encargando a las hijas del cabrero
que condujeran la manada de ella
al confin del otero;
que vieran al rebaño trashumado,
por sí de la querencia alguno le eche;
que ordeñaran las vacas
y guardaran la leche;
que dieran granos de maíz podrido
a los vivientes del corral florido,
hierba a los habitantes del vivero,
agua fresca al jilguero
y a los pollos del nido...
Y, aunque era la mañana ya mediada,
las hijas del cabrero
no hicieron nada, nada...

Entonces vino a ser la égloga triste...

IV

Tuve una pena del rebaño de ella...
Hasta esas horas sin salir del pasto...
Tuve una pena del rebaño de ella...
Y le conduje yo, poeta agrario,
de mis florestas a la más florida,
a aquella desde donde el campanario
de mi pueblo se ve...

V

La prometida,
llena de amor, hoy estará de fiesta...

VI

Y yo, lleno de olvido,
cuidando su rebaño en mi floresta...

El epílogo

I

La plenitud robusta de la hierba,
paced, ovejas cautas;
Nuestro Señor, que es rabadán, conserva
todavía los prados y las flautas;
paced, mansas ovejas,
la hierba aljofarada;
seguid las sendas viejas
por las que ayer os orientó mi amada:
que yo, a la sombra de los molles, quiero

contar al viento del bosque umbrío
cómo de amor me muero
por un amor ajeno que fue mío...

Aquí, en la paz antigua de la sierra,
pensaré en las tristezas de la tierra,
y grabaré en un árbol del camino
el nombre de la pálida pastora
que se casó con un gañán andino
en la rústica misa de una aurora...
Aquí, en mi campo, que a su campo plagia
y en mi propio sendero,
siento que me contagia
la fe del carbonero;
y creo en Dios, el Dios de los gañanes,
que bendecir no quiso mis amores,
porque con novias de los pueblos nunca
se casan los señores...

II

Tuve abuelos pastores
en distantes antaños:
por eso es que hay en mí no sé que suave
manera de tratar a los rebaños...
Paced, ovejas mías,
bajo los claros cielos;
mis abuelos pastaron
aquí a vuestros abuelos;
y vosotras —yo os digo
en este hablar extraño—
venís de su rebaño,
como viene mi trigo de su trigo,
como yo vengo de ellos, desde antaño.

III

Mi alma se fué detrás de Crisantema
para la hora suprema;

porque bien pudo ser que el alma agreste
de algún abuelo, a que no me haga daño,
vino a encarnarse dentro del cuerpo éste,
y entre los dos cuidamos el rebaño...

IV

Si es así, Crisantema,
divina Crisantema, esto te basta:
te hemos amado todos
los que han sido pastores en mi casta.

LA ROMERIA DE LAS CARABELAS

Era un día cualquier del Mar Atlante...
Un día como todos: con espumas,
con ausencia de tierra en lo distante,
con algas, con albatros y con brumas...

Era una hora vulgar para la prora,
el velamen, las jarcias, las estelas...
Y... sin embargo, sucedió en esa hora
la romería de las carabelas...

De Palos de Moguer, la Raza grávida
se hurtó al estero del verdoso fango,
y las viejas campanas de la Rábida
aturdieron la ruta de Cipango...

Mientras hacia Thulé la solitaria
de Atlántida temblaron los vestiglos,
alciones de la bruma leyendaria,
sirenas de las aguas de los siglos...

El mar, el mar... La Raza se va encinta,
sembrada de su misma gran simiente;
y son Santa María, Niña y Pinta
las naves capitanas de Occidente...

Se va la raza... Que el cerúleo dombo
no unja de sombras la fecunda hazaña...
Y Dios guarde a Cristóforo Colombo,
tendiendo el mar para que pase España...

Allá Pelayo va... Jamás le oponga
la tempestad tifones, trombas, furias;
que en una cueva gris de Covadonga
ruega por él el corazón de Asturias...

Allá va el Cid... La inmensidad serena
del océano le haga siempre día,
a que los ojos grandes de Ximena
no tengan miedo de la lejanía...

Allá va Don Quijote... El lienzo blanco
del agua, inmóvil de reposo sea;
mientras del monte del soñar al flanco
se duerma, como un niño, Dulcinea...

Allá va... y allá va... y aún se adelanta
sobre la soledad de lo imprevisto,
Santa Teresa de Jesús, la santa
que hizo español el corazón de Cristo...

Que la proteja el agua, que el sendero
tenga paz de convento carmelita...
Que hable sólo la voz del Romancero
dando a la tierra, tras los mares, cita...

Porque van todos a la nueva casa,
fiados al instinto de las velas,
Y el mar ha de aquietarse cuando pasa
la romería de las carabelas...

América, entre tanto, en remontanza,
ni oye el venir de la marina gente,
ni, enfurecida, va a blandir la lanza
contra el complot del Mar y el Occidente...

A qué...? Si ella —mientras más se esconde
tras la jungla de caucho y la de tagua—
olvido de los hombres no sé dónde
y olvido de los tiempos en el agua...

Si ella misma es la jungla nunca seca,
y tierra y sol en su vigor ahinca:
tierra que tiene su por qué de Azteca
y sol que tiene no sé cuánto de Inca...

Siempre el sol le ha abrasado las entrañas,
siempre el sol... Y, por este rudo alarde,
sol de América y sol de las Españas,
cuando se juntan, han de ser sin tarde...

Pero... ya el archipiélago adivina
sobre el estuario en paz la quilla angosta;
que, cuando hay en el mar gente latina,
siempre palpita de emoción la costa...

Hasta que, de repente, ante el reacio
desesperar de la ansiedad humana,
resuena —sobre el tiempo y el espacio—
el grito de Rodrigo de Triana...

Tierra, tierra, hacia allá... Ya no es quimérica
la oferta secular del Mar Atlante,
que acaba de copiarse toda América
en la pupila azul del Almirante...

Tierra, tierra, hacia allá... La travesía
plegar bien puede las cansadas velas,
que se acerca a su fin la romería,
la romería de las carabelas...

Ya salen de las islas las gaviotas.
en las alas llevándose la orilla;
ya van las algas, por el agua rotas,
para encontrar las naves de Castilla...

Ya han nacido las Indias de Occidente...
Y, al sentir que saltó la Raza grávida,
escucha sobre su haz el Continente
la voz de las campanas de la Rábida...

Se estremeció Thulé en la lejanía,
Atlántida conmueve sus vestiglos;
se huracana la Historia sobre el día,
y amanece en la noche de los siglos...

Roma y Grecia hacen luna en lo distante...
Y, entre un borrarse lánguido de estelas,
acaba —de ese modo— en el Atlante
la romería de las carabelas...

JUAN MONTALVO

Era, en el Tungurahua, la fiesta de la nieve...
El gran silencio blanco tiritaba de frío...
Y, cuando el plenilunio prendió su fulgor leve,
se pudo ver cubierto de nubes el vacío...

Pero eran nubes albas... Porque la nivea fiesta,
como una epifanía de mármol y diamante,
sólo tonos plateados exigía a la orquesta
de la tierra, del cielo, del agua rutilante...

Un cónclave de lirios diera menos blancuras...
aquello parecía primeras comuniones...
O nupcias, en que hicieran las vírgenes más puras
concilios de azucenas para los corazones...

De pronto, con aurora boreal se unge el nevado...
en rojo vivo, entonces, la mole audaz se inflama...
Y el silencio volcánico se despierta asustado,
sintiendo que en el cráter se encabrita la llama...

Arde el cielo bronceado, como en ocaso sumo...
Derritense las nieves con un hervor sangriento...
El río de betún, empenachado de humo,
mitad corre en el flanco, mitad corre en el viento...

Desgalga la avalancha furor sobre el abismo...
Rugidos subterráneos subrayan la pavora...
Y, Nerones del viento, mirando el cataclismo,
los cóndores otean, a mil metros de altura...

Cien plutónicas fuerzas la antigua inercia han roto...
Han roto diez mil diques las lavas del averno...
Hora de danza cósmica, a flor de terremoto.
Hora de Apocalipsis, de Babel y de Infierno.

No puede más, al fin, con la fogosa entraña...
Y, en el último gesto, que lo creado arredra,
probando lo que pueden corajes de montaña,
revienta... y se suicida, como animal de piedra.

Bolas de fuego ahondan la atmósfera rojiza...
Todo el haz de la tierra parece que se arruga...
Y vése, entre la lluvia caliente de ceniza,
el paso de los cóndores en homérica fuga...

Blasfeman, con oleajes, las aguas del Pastaza.
Clarina el huracán sobre el bosque en pedazos...
Y, trémulos de miedo, los árboles son raza
de pigmeos que mueven, como locos, los brazos...

Los próximos volcanes despiertan a las leyes
eternas de la envidia... Crujen los horizontes...
Mientras otros volcanes apagados —los bueyes—
se notan ellos mismos eunucos de los montes...

En Agoyán, la ruda cascada ya no es ruego
a la profundidad del vértigo y del salto;
catástrofe que vuela, torbellino de fuego,
corre a fundir cámpanas de muerte en el basalto.

De repente, el fenómeno se detiene en la cumbre...
Bruscamente, la orgia fatídica se aquieta.
Y flota, en el espacio, la enorme certidumbre
de que la pesadilla pasó por el planeta...

A qué este horror del cielo, la tierra, el fuego, el agua,
lo azul y lo rojizo, lo gris, lo negro, lo albo...?
Acaba de pasar por sobre el Tungurahua,
camino del eliseo, la sombra de Montalvo...

Pasó... Mientras la Raza, como en porfiado lance,
el volcán envolvía con un murmullo de ola,
mandando que voceen, en metro de romance,
millones de palabras de la lengua Española...

Pasó... Y, en la erupción que lo creado arredra,
se dieron larga cita —sin que nadie les note—
Juan Montalvo y Miguel de Cervantes Saavedra,
dejando que acuchille la nieve Don Quijote...

EL LIBRO DE LAS CAPULICEDAS

(Fragmentos)

Pascua florida de los capulies

El valle está de fiesta...
Las gentes labradoras,
bajo el orgullo de este sol de pueblo,
al aire libre de este risco andino,
con el complot de este silencio rudo,
pasan en grupos... Sus pupilas tienen
yo no sé qué de campo:
talvez lo inmenso, lo brillante y solo,
talvez lo manso, lo tranquilo y puro,
talvez lo suave, lo apacible y bueno,
talvez lo humilde, lo inocente y casto...

Alzado el zagalejo de estameña,
que el color tiene del clavel purpúreo
o el color rosa pálido
de la lánguida flor del duraznero;
alzado el zagalejo de estameña,
para lucir el faldellín de pana;
el collar de abalorios policromos
sobre el corpiño de zaraza roja;

caída el ala del sombrero blanco;
en las espaldas el pañuelo niveo;
desnudo el pié, morenas, suaves, virgenes,
humanas y divinas,
pasan las mozas. . . Y, al pasar las mozas,
no es que florecen más los retamales
ni echan nuevos retoños los cañaros,
no es que cambian de músicas silvestre
los mirlos y las tórtolas,
no es que aroman mejor los romerales
ni súbito perfuman
las yerbabuenas y las mejoranas,
no es que se endulza el agua de las fuentes
con dulzura de miel. . . ; nó es nada de eso:
es que la vida grita a todo grito,
es que la juventud siente, en la sangre,
la luz, la primavera,
la abrasada voráGINE de fuego,
el vértigo, el delirio, la locura,
algo que yo no sé cómo se llama. . .

Detrás de las muchachas van los niños;
y, detrás de los niños,
hileras de gallinas que dirige
la fanfairía del gallo donjuanesco;
perrillos que recién ayer los ojos
abrieron asombrados;
piaras que gruñen el gruñido bruto
con que suelen gritar las montaneras;
muchachas del sembrío
y animales domésticos
invitados por Dios y por los campos
al banquete del sol y de la fruta. . .

Pascua florida de los capulies,
el valle está de fiesta. . . La chiquilla,
apretando la saya entre los muslos,
abraza el tronco y por el tronco trepa,
ruborizada, y ágil, y flexible. . .

El mozo, con las manos se columpia,
asido de la rama vigorosa,
y, culebreando, de repente, sube. . .
Los niños, los ancianos,
los perros, las piaras,
comerán de la fruta que, en racimos,
arrojarán el mozo y la chiquilla. . .
Si el anciano se acuerda de sus tiempos,
hará el esfuerzo postrimer: entonces,
azotará con el bordón las ramas;
y el árbol, apaleado, buenamente,
le hará caer una explosión de granos,
obsequio mañanero
de las capulicedas
a la tarde infinita de los hombres. . .

Pascua florida de los capulies,
según el calendario de la aldea. . .
Cuando florecen los alisos, cardan;
cuando se van las golondrinas, hilan;
cuando hacen nido los gorriones, tiñen.
El raudo paso de los días cuentan,
entre idénticos hechos enmarcando
las fracciones del tiempo:
de tiempo de jilgueros,
a tiempo de jilgueros;
de deshierba a deshierba;
de maíz a maíz, de trigo a trigo,
porque retornan a los mismos campos
las mismas sementeras,
las mismas aves y las mismas cosas. . .
Por eso, hay campesinos que nacieron—
como ellos sólo dicen—,
en tiempo de maizales,
en tiempo de cosechas,
en tiempo de duraznos,
en tiempo de alelies y de moras;
por eso, hay labradores que se han ido
del valle de la vida,

a la hora de sembrar los aparceros,
el día de partirse las dehesas,
por la semana de moler los granos,
al fin del mes de trashumar las cabras...
Pero es el tiempo de la flor y el fruto
en las capulicedas,
el tiempo del amor de los amores...

Idilio de los dos, idilio puro...
Con la complicidad de los follajes
y el amparo del árbol,
no importa que a la vera del sendero
cabeceen los liños
de las capulicedas;
ocultos ambos en el manto de hojas,
ni el mozo ni la moza están visibles
para las imprudencias del que pasa...
Amor de amor, amor entre los árboles,
amor junto a los nidos,
amor entre las ramas,
amor como el amor de aves y brisas,
amor medio en los cielos y en la tierra...

Rien risa nerviosa, cuando encuentran
pajarillos implumes en los nidos;
comen del grano que en agraz subsiste,
comen del grano que picó de paso,
sin poder arrancarlo, cualquier ave;
de rama en rama se persiguen; hablan
o en el silencio grande se aniquilan;
balancean, tomados de las manos,
cuando el soplo del viento da en la copa;
cambian racimos; a la guía llegan;
se hartan de amor, de fruta, de esperanza,
de aire libre, de oxígeno;
hasta que, al fin, descienden,
primero la chiquilla y luego el mozo,
porque del árbol ella no bajara,
si al pié del árbol estuviera el mozo...

Mientras eso, la paz inunda el valle...
Del aire en la vibrátil transparencia
el mutismo, impertérrito, titila...
Da sed el meridiano, que abochorna...
Y hace luz, tanta luz, una luz blanca...
Y hace sol, tanto sol, un sol tan grande...

ELEGIA DE LAS ROSAS

Qué pasará de noche?... No hay mañana
que no tenga el jardín rosas difuntas.
Sobre estas cosas cariñosa hermana,
por qué a Nuestro Señor no le preguntas?

Pasemos esta noche en la ventana,
los ojos fijos y las manos juntas,
para saber, mañana de mañana,
por qué hay en el jardín rosas difuntas...

Y veíamos... Las doce, luego la una...
y nada... A flor de soledad la luna,
en paz lo muerto y en quietud lo vivo.

Mas, al prendernos Dios la luz del día,
la última rosa blanca en agonía,
y las otras ya muertas... sin motivo...

NOCTURNO I

I

Reza, Malena, reza... Reza o canta...
Me da miedo la noche de los páramos...
Debe pasar la muerte por el patio,
cuando ladran los perros... Oyes...? Ladran...

En la última ventana se ha posado
un lucero... Qué anuncian los luceros,
mientras invoca al miedo de la Muerte
la noche de los páramos, Malena...?

Reza o canta... Una salve, un padrenuestro...
Mis versos, otros versos: lo que fuera...
Oyes, Malena, cómo ladran...? Oyes...?

Es la Muerte que pasa... Y, de mañana
se verá que algo ha muerto, algo, Malena:
los rebaños, las flores o nosotros...

Tuve el presentimiento... En la sauceda
graznó, anoche, el gran buho... La otra noche,
aulló el perro en la esquina de la casa,
sin que pasara nadie... Ves, Malena...?

Y cuando te miré, por la mañana,
en los ojos, tus ojos eran tristes,
como si vieran una cosa negra:
un féretro, unas andas... Ves, Malena...?

Las que bajaron a la fuente, hoy día,
volvieron melancólicas... Los cántaros
de tierra gris, estaban desbordantes...

Las que fueron por agua, oye, Malena...
volvieron melancólicas... Los símbolos...?
Son, sin duda, los símbolos, Malena...

Y mañana, Malena, que amanezca,
algo que ha muerto... Miedo; tengo miedo...
Mañana, algo sin vida, algo, Malena:
los rebaños, las flores o nosotros...

Oyes...? Ladran los perros en el patio...
calofriando a la sombra por contagio...
Asegúrame, quién?... Ella, la Muerte,
la flaca, la tremenda, la espantosa...?

Oyes...? Ladran... Es Ella...? Dí, no es Ella...?
Reza, Malena, reza... Reza o canta...
Debe pasar la Muerte por el patio...

Reza o canta... Y mañana, sí, Malena,
algo muerto, sin vida, frío, rígido:
los rebaños, las flores o nosotros...

NOCTURNO VII

I

Malena, ven, verás... Escribo, escribo,
hasta cansarme de escribir... De pronto,
cae una mariposa en el tintero,
y se ahoga... Yo dejo que se ahogue...

Verdad que ya no soy bueno, como antes...?
Tengo casi placer de que se ahogue
la mariposa blanca... Si la vieras
con las alas manchadas por la tinta...

Pero, Dios me castiga: ven, Malena...
Un murciélago, hermana, hay un murciélago
que me ronda... Piedad, oh, Malenisima...

Quién sabe si el murciélago es un alma
que venga a aquella mariposa muerta,
rondándome en la forma de un murciélago...

II

Murciélago, quién eres...? Di, murciélago,
tú, de parte de quién vienes a verme...?
En el nombre del Padre, en el del Hijo,
en el del Santo Espíritu, murciélago...

Yo te conjuro, di lo que pretendes...
Malena, llama a alguno que eche fuera
este vampiro: yo no puedo hacerlo,
no tengo fuerzas yo... Te ruego, llama...

No le llamas...? Pues, bien; entre las sábanas
voy a esconderme como un niño... Deja
que me esconda, Malena, como un niño...

Hasta que sienta ganas el murciélago
de no rondarme, en tanto que estoy solo
esta noche más negra que mi espíritu...

Murciélago, piedad... Dejé que muera
la mariposa blanca, sí, murciélago;
y tuve fruición, de ver manchadas
sus alas con la tinta, sí, murciélago...

Mas, perdón: es mejor que me perdones...
Retorna al cementerio, alma de muerto
en forma de vampiro... Por qué vengas
aquel suicidio de la mariposa...?

Ven, Malena... El vampiro ya se arroja,
y con un golpe de las alas mata
la llama de la esperma... Ven, Malena...

Yo no sé cómo puedas ver, impávida,
que en la sombra tembló mi calofrio,
calofriando a la sombra por contagio...

Noche larga de insomnio y de aguacero,
que te maldiga Dios... Los sapos croan
serenatas macabras al insomnio
que florece en mis párpados... La lluvia,

en complot con los vidrios y el tejado,
hace un ruido que ahora me parece
no haber oído nunca... Tú lo escuchas...?
Y el insomnio, como ave de rapaña,

me clava en las pupilas ambas garras
y me arranca los ojos... Oh, el insomnio...
Y, dímelo, Malena, estando muerto,

tendré insomnios también en el sepulcro,
o dormiré mi muerte a pierna suelta,
como un lirón de ese terrible invierno...?

Fantasmas del insomnio, huid, fantasmas...
 Y si yo, en el sepulcro, tengo insomnios...?
 Y si dura el insomnio años y siglos...?
 Y si la eternidad es otro insomnio...?

Beleño...? Sí, beleño: bueno, trae
 beleño... Doy por hecho que me duerma
 el insomnio de ahora; pero el otro,
 el de la muerte, dormiré, Malena...?

Oyeme bien: por si bajo el sepulcro
 hay insomnios, el día que me muera
 procura cerciorarte de si duermo...

Y, si no duermo, con beleño embriágame,
 y entonces, sólo entonces, sólo entonces,
 ya puedes enterrarme como quieras...

Malena, si no duermo en el sepulcro,
 a qué morir...? Tú sabes, tú adivinas
 si habrá insomnios allí... ¿Cuál de los muertos
 tuyos y míos, cuál, cuál, oh, Malena

hoy estará despierto y revolcándose
 en la entraña terrena con insomnio...?
 Te figuras, concibes lo que sea
 el insomnio en las tumbas, el insomnio...?

Arrodillate... Reza... Y a las santas
 cosas del Padre nuestro cotidiano,
 al libranos del mal con que termina,

añade estas palabras: Padre nuestro,
 libranos de todo mal... mas, también libranos
 de que exista el insomnio en los sepulcros...